

BW 1756
S 2

V. 10

SERMONES
VARIOS
DE MISTERIOS

PREDICADOS

Por su autor el P. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrio, religioso de la Tercera Orden de
Santidad de N. S. P. S. Francisco, ter-
tor jubilado, confessor del santo Oficio
y morador en el convento de S. Ma-
tomo Abad de Granada.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

Madrid: Por la viuda
Año de 1819.

135788

SERMONES VARIOS



SERMON PRIMERO,

Para el día de la Encarnacion del
Verbo Eterno.

Dedit eis potestatem filios Dei fieri.

Joan. c. I.

SEÑORES.

Aunque el hombre por su natura-
leza sea inferior á los ángeles, ha
sido no obstante elevado por gracia
á tal grado de gloria y de exáltacion
y de grandeza, que excede la per-
fccion de estas sublimes intelligen-
cias; pues á ninguno de estos espí-
ritus bienaventurados, como reflexio-
na el Apóstol, ha dicho jamas el Se-
ñor: *Tú eres mi Hijo; yo te he engen-
drado hoy.* Gloria inefable del hom-

bre! haber recibido el privilegio de ser hijo de Dios, y dividir, para decirlo así, este glorioso título con el Verbo encarnado, viniendo á ser por adopcion lo que Jesucristo por naturaleza.

¡Elevacion incomprehensible! cuyo origen y principio es el misterio augusto de la Encarnacion del Verbo. Este maravilloso compuesto de Dios y Hombre es el medio inefable de que se sirvió el Señor para llenar el inmenso vacío, que parece debia causar una eterna separacion entre Dios y los hombres. Esta es la verdadera escala, figurada en la de Jacob, por la cual descendió hasta nosotros, asociándonos á su naturaleza divina, y dándonos la potestad de ser sus hijos: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri*. Pues al modo que los mares y los rios, segun la comparacion de un sabio, unen á las naciones mas remotas, haciendo pasar las riquezas del oriente al occi-

dente, y las del aquilon al medio dia, para que sean comunes los bienes del universo, así el Verbo encarnado, hablando con la debida proporcion, vino á ser como un profundo mar de aguas saludables, sobre las cuales se eleva la nave de la Iglesia hasta lo alto de la montaña santa, empório admirable del comercio establecido entre Dios y el hombre.

Figuraos, señores, aquellas aguas, que saliendo de los canales en que el arte las ha encerrado, conservan aún la impresion ó impulso de su primer movimiento, y suben tan altas como su origen, y hallaréis cierta semejanza de estas aguas divinas que bebemos en las fuentes sagradas del Salvador, fuente de agua viva, que salta hasta el cielo; origen de todas las gracias, que tienen virtud de sanar; pues saliendo de este canal divino, se remontan hasta la Divinidad, de donde descienden, y dan al

hombre, á quien han reengendrado; la potestad de ser hijo de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.*

Hé aquí, señores, el grande, el inefable bien concedido al hombre en el misterio adorable de la Encarnacion que celebramos este dia. Mas como las obras de Dios en el órden de la gracia exigen para su perfecto cumplimiento la cooperacion del hombre, juzgo a propósito para vuestra instruccion exponeros en primer lugar: *Lo que Dios hizo por el hombre en el misterio de la Encarnacion;* y en segundo: *Lo que nosotros debemos hacer para cumplir con los designios que tiene Dios sobre nosotros en este misterio.* Imploramos la asistencia del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa y Madre nuestra. *Ave Maria.*

Dedit eis potestatem &c.

Nada mas despreciable que el hombre abandonado á sí mismo; pero nada mas elevado que este mismo hombre unido á Dios. Á pesar del fondo de miseria que encierra, sus sentimientos de grandeza y de elevacion no tienen límites. Lleno de una viva y secreta impresion de su origen, se halla en un estado de violencia, mientras se considera en situacion inferior al principio de donde ha descendido. Hecho á imagen de Dios, solo en Dios puede ser feliz; y solo Dios es capaz de saciar completamente su apetito de gloria y de grandeza. El Verbo en efecto halló el medio de llenar esta capacidad sin límites del corazón humano, tomando carne en el vientre virginal de María, y haciéndose hombre, para que el hom-

bre viniese á ser Dios, como S. Agustín se explica: *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus.*

El deseo pues que tiene el hombre de elevarse cuando es inspirado por el amor propio, desarreglado por la culpa, ó dirigido por los apetitos criminales, es el origen de su perdición y su ruina. Mas si este apetito de elevacion y de grandeza es inspirado de Dios, sostenido por su gracia y arreglado á su religion, conduce á la vida eterna. Asi cuando el demonio envidioso de la felicidad del hombre, quiso arrastrarle al precipicio en que él mismo habia caido, despertó en su corazón el amor de su propia excelencia. Lisonjeóle con la esperanza imaginaria de ser como Dios, quitándole su verdadera grandeza por medio de una promesa falsa: *Eritis sicut dii.* Pero el Redentor, oponiendo las adorables invenciones de su amor á los nocivos artificios del espíritu tentador, se sir-

vió del mismo sentimiento de elevacion, impreso en el corazón del hombre, para sacar la reparacion de su infelicidad, de lo que habia sido su causa. ¡ Hombre inobediente y soberbio! tú te habias perdido por aspirar á una semejanza con Dios, orgullosa é independiente. Pero tú serás salvo por el deseo sincero de una semejanza santa, religiosa y sumisa á este Dios mismo, cuyo secreto y medios te ha manifestado en el adorable misterio de su Encarnacion: *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus.*

Para formar alguna idea de este misterio, no debemos perder de vista que la union de la persona del Verbo con nuestra naturaleza es denotada por el término *Uncion*. Cristo en efecto significa el unguido del Señor, para darnos á entender que la naturaleza divina es como un sagrado óleo, con que la humana, para decirlo asi, ha sido toda unguida y

penetrada por medio de esta unión inefable. Por manera, que sin mutación de una naturaleza en otra, tomó el Verbo las enfermedades humanas, y al hombre se comunicaron las perfecciones divinas. Del Cristo en efecto se dice con verdad que fué pobre, súbdito, obediente, pasible y mortal, sin dexar de ser inmortal, infinito, independiente, omnipotente y Señor universal. *in hoc die* Y cuál otro ha sido su designio en este adorable misterio: sino extender en el modo posible esta comunicación inefable á todos los hombres? Pues aunque la substancia de este óleo celestial solo ha sido inmediatamente derramada sobre la humanidad de Jesucristo, que recibió la plenitud de la divinidad, sin embargo, el perfume de esta unión adorable y de esta divina Esencia se extendió, dice S. Agustín, sobre toda la tierra. El vaso en efecto que contenía este precioso bálsamo se

quebró sobre la cruz, para que su buen olor llenase á todo el universo por medio de la gracia de la Redención, que ha merecido á todos los hombres, cuyo inefable misterio tuvo origen en el de la Encarnación. Esta gracia pues es como una sutil participacion de la divinidad, ó como una preciosa llevadura que purifica toda la masa corrompida de Adán cuando se le mezcla por la aplicación de los méritos de Jesucristo, de quien se revisten los que reciben esta gracia por el canal de los Sacramentos y por los actos de la religión, quedando divinizados en cierto modo, segun aquella expresion: *Ego dixi dii estis*. Y hé aqui lo que hizo decir al Evangelista, que el Verbo haciéndose carne, había dado á todos los hombres la potestad de ser hijos de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri*. Si quereis pues formar alguna idea asimismo del sublime grado de gloria

á que os ha elevado el misterio de la Encarnacion, considerad la sagrada piscina del Bautismo, en que habeis sido reengendrados, á manera del seno de María, en que se concibió el Verbo divino. Aquí toma el Señor una naturaleza humana, y en el Bautismo se nos comunican dones de una naturaleza divina. La operacion del Espíritu Santo hizo fecunda á una vírgen en el misterio de la Encarnacion; y esta operacion misma da en el Bautismo una infinidad de hijos espirituales á la Iglesia. La operacion del Espíritu Santo hizo que naciese un Dios de una doncella; y la misma operacion hace que nazcan espiritualmente de Dios los hombres. ¡Qué alteza! ¡qué dignidad, señores! Recibida una nueva vida en estas aguas suladables, no considereis ya la masa impura, ni la senda ignominiosa por donde se ha multiplicado la posteridad de Adan. Vosotros no sois ya en este feliz estado

hijos de ira y de miseria, porque habeis entrado en los derechos de hijos de Dios: participais en cierto modo de sus inefables perfecciones: sois herederos de sus riquezas, y baxo este respecto no sois ya hijos de la carne y de la sangre, sino del mismo Dios: *Ex Deo nati sunt.*

¡Regocijaos, mortales! No mireis ya á vuestro cuerpo como un peso ignominioso que menoscaba la dignidad de vuestra alma. Desde la Encarnacion del Verbo es ya esta carne el principio de vuestra gloria. El Evangelio en efecto nos dice, que el Verbo se ha hecho carne: *Et Verbum caro factum est.* No porque no haya tomado igualmente el alma que el cuerpo de hombre, sino porque se unió al espíritu del hombre, para tomar al mismo tiempo la carne, de la cual necesitaba para padecer y ser la víctima de reconciliacion entre el cielo y la tierra: *Corpus autem aptasti mihi.* Alabada sea, ¡ó mi Dios! vues-

tra misericordia, que os dignasteis tomar lo mas humilde que hay en el hombre, para elevarle á la incomparable dignidad de hijo vuestro.

Si, vel seno de María, donde el Verbo se encarnó, es para decirlo asi, la primera cuna de todos los cristianos. Ellos vienen todos á ser hijos de Dios, miembros de una Cabeza divina, y hermanos del primogénito entre los escogidos. La inefable gloria que recibe la naturaleza humana por su unión con el Verbo, se extiende sobre la posteridad de Adán, que viene á ser en cierto modo la familia de Jesucristo. La operación divina del Espíritu Santo, que da una vida humana al Salvador del mundo, da asimismo una vida divina á todos los que renacen por su gracia en el sacro Bautismo.

Este gran misterio de la regeneración espiritual del hombre, preparado por la Encarnación del Verbo en el vientre virginal de María, y

explicado por el mismo Jesucristo á Nicodemus, es el origen de nuestra mayor exáltación, que consiste en ser hijos de Dios y coherederos de su Unigénito. ¿Y quién ha dudado jamas que todas las gracias concedidas al hombre desde el principio del mundo dimanen de Jesucristo? Los patriarcas y justos de la ley antigua ¿no fueron santificados en la fe del Mesías, como testifica S. Pablo? ¿Pero qué mucho? ¿Ignorais por ventura que segun el parecer de algunos padres antiguos, los ángeles bienaventurados no fueron confirmados en gracia hasta haber adorado á Jesus: *Et adorent eum omnes angeli ejus?* ¿De dónde provino la caída de los ángeles apóstatas, sino de haberse rebelado contra este su divino Criador?

¿Qué mas? Cuando nacemos al mundo recibimos con la vida natural la imágen y semejanza de la divinidad; pero al renacer por la gracia

en el Bautismo recibimos el Espíritu de Dios. Marcados con el caracter inefable de hijos suyos, somos hermanos de Jesucristo, coherederos de su gloria, y templos vivos del Espíritu Santo. ¡ Señor! ¿quién es el hombre, ó qué has visto en él que tanto le engrandeces? ¿Cómo es que por vuestra Encarnacion le habeis coronado de gloria y de honor, constituyéndole sobre todas las obras de vuestras manos? Reconoced, señores, reconoced vuestra altísima dignidad de hijos de Dios por gracia y por adopcion; y si aspirais á ser eternamente felices, corresponded con gratitud á tan singulares beneficios. Despues de haber considerado lo que Dios ha hecho por el hombre en el misterio de la Encarnacion, es necesario mediteis bien lo que el hombre debe hacer por Dios, para corresponderle agradecido. Segunda reflexion de este discurso, que expondré con la posible brevedad.

II. Con dos fines principalmente propone la santa Iglesia á sus hijos el beneficio de la Encarnacion del Verbo. En primer lugar, para que renueven los votos y oraciones de los antiguos patriarcas; y en segundo, para que imiten las disposiciones y sentimientos de María santísima cuando le fué anunciado este misterio. Hé aqui el modo de corresponder con gratitud á tan singular beneficio. Meditad pues en este santo dia las figuras divinas, las adorables profecías de tan sublime misterio.

Esta es, señores, la digna ocupacion que la Iglesia exige de vosotros; la que desea resuene en sus augustos templos; la que pone en boca de sus ministros, y la que sirve de materia en sus oraciones y cánticos. Renovad pues á los pies de los altares los votos y oraciones de los santos patriarcas. Meditad aquellas admirables palabras que canta la Iglesia nuestra madre con tanta solemnidad, devocion y

ternura, á fin de inclinar á su divino Esposo, á que descienda y renazca espiritualmente en el corazón de sus hijos. Entrad, os ruego, en los sentimientos de los patriarcas, que llenos en su espíritu de la idea de tan sublime misterio, lograron recibir en la antigua ley las bendiciones de la nueva.

El Señor en efecto toma en las santas escrituras el nombre de Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y quiere ser apellidado con esta bella denominacion por todas las generaciones. Nombre inefable, que conviene particularmente al Verbo encarnado, cuyas mas brillantes figuras fueron aquellos patriarcas. Abraham vió desde lejos el día del Señor, y fué transportado en alegría cuando le fué revelado el gran misterio que acababa de representar tan vivamente en el acto mismo de querer sacrificar á su hijo Isaac, en quien le habian sido hechas las promesas. Isaac le te-

nia presente en el espíritu, cuando engañado por el misterioso artificio de Rebeca, dió su paternal bendicion á Jacob, que cubierto de pieles y de los vestidos de Esaú, representaba al vivo á Jesucristo, cubierto con la apariencia del pecado, sin incurrir en su malicia. Jacob asimismo penetrado de tan gran misterio, y estando para morir, al dar á sus hijos las bendiciones proféticas, cuando llegó á Judas, de cuya tribu debia nacer el Salvador del mundo, pronunció la célebre profecía que leemos en el Génesis, en que lo llama *Expectación de las gentes*. Llenó Moisés de esta misma idea, y queriéndose excusar de ir á la presencia de Faraon de parte de Dios, que le habia elegido para libertar de la esclavitud de Egipto al pueblo de Israel, temiéndose por indigno de tan alto ministerio, exclama: *Enviad, Señor, al que debéis enviar: mitte quem missurus es: haced descienda del cielo el*

verdadero Salvador de vuestro pueblo y la esperanza de Israel, que nosotros deseamos. *De Rebecca*
 Dichoso pues el cristiano que en este día solémente renueva en su corazón con el fervor posible los ardientes deseos de aquellos santos patriarcas, diciendo con la Iglesia: ¡O Sabiduría eterna! que saliste de la boca del Altísimo, y que dispones todas las cosas con fuerza y con dulzura, ven á enseñarnos la prudencia de la salud. ¡O Adonai logefe de la casa de Israel, que apareciste á Moysés entre las llamas de la zarza, y le diste la ley sobre el monte Sina, ven á librarnos, extendiendo tu brazo omnipotente, para sacarnos de la esclavitud. ¡O raíz de Jesé! dada en signo á los pueblos, en cuya presencia los reyes guardarán silencio, y á quien las naciones dirigirán sus votos, date prisa á venir, y no retardes el momento feliz de nuestra libertad. ¡O Havé de David! que abres, y nar-

die cierra, que cierras, y nadie abre, ven á abrir la prision y quebrar los fierros que tienen al hombre esclavo. ¡O celestial oriente! esplendor de la luz eterna, sol de justicia, ven á iluminar á los que yacen en tinieblas y entre las sombras de la muerte. ¡O Rey de las naciones! piedra angular, que reúnes en un mismo cuerpo la Sinagoga y la Iglesia, ven á salvar al hombre que sacaste del barro para formarlo á vuestra imagen. ¡O Manuel! Rey nuestro y Legislador, deseo y esperanza de los pueblos, ven á obrar la salud que esperamos de ti, que eres nuestro Dios y nuestro único refugio. *De Job*
 Aplicad pues á vuestras necesidades particulares estas oraciones universales de la Iglesia, y en medio de vuestras tribulaciones clamad al Señor: ¡Salvador del mundo! Libertador de Israel, que con el poder de vuestro brazo sacaste á vuestro pueblo de la dura esclavitud de Egipto,

venid á librarme de la tiranía de esta pasión imperiosa que me domina: romped los vínculos de este hábito, de quien soy esclavo: destruid este muro de separacion que ha elevado la carne entre vos y mi espíritu. ¡Sabiduría eterna! ¡luz divina! hacedme conocer la triste situacion en que me tienen mis pasiones, y las funestas consecuencias á que estoy expuesto. ¡Oriente celestial! que viviste á iluminar el mundo, venid á disipar la espesa nube que cubre mi alma, y descubridme las sendas de la salud. Probadme, Señor, exâminad mi corazon; dadme á conocer la senda por donde debo caminar; y conducidme á la vida eterna: *Proba me Domine, et scito cor meum; vide si via iniquitatis in me est, et deduc me in via aeterna.*

Así debe explicarse el alma fiel que desea celebrar dignamente el adorable misterio de este dia. Mas para ello es preciso entrar en los sen-

timientos de María desde el momento en que el ángel le anunció la Encarnacion del Verbo en sus entrañas. Esta es la principal disposicion que Dios exige de vosotros.

¡Cuánto desearia, señores, poderme elevar sobre mi propia debilidad, para trazaros una viva imágen de tan inefable misterio, fecundo manantial de las gracias y dones del Altísimo; para representar este momento feliz en que el Verbo, para regocijo del cielo y de la tierra, tomó nuestra humanidad en el seno de la mas pura de las vírgenes, y quebrantó las cadenas que tenian cautivo al hombre baxo el yugo del demonio! ¡Ó Espíritu divino! derramad sobre mis labios alguna centella de este sagrado fuego, que purifica cuando os agrada la lengua de vuestros ministros. Separad, Señor, de mis palabras todo adorno profano en materia tan sagrada, y haced que mi voz débil se mezcle en este dia con

los cánticos de los ángeles y de los santos, que os alaban sin cesar.

El tiempo era venido en que el Mesías debía aparecer sobre la tierra. La casa de Judá veía trasladado á otras manos su cetro. La corona de sus reyes legítimos ceñía la cabeza de un usurpador. Todo denotaba el fin de aquellos dias misteriosos que habia vaticinado Daniel. La Sabiduría eterna, pródiga de sus gracias, las habia derramado con profusion sobre María, para prepararse un templo digno de su habitacion. Esta incomparable Virgen habia correspondido con una fidelidad sin igual á una gracia sin exemplo. Ella unia la sangre de los reyes al esplendor de las virtudes. La gracia que recibió en el primer momento de su Concepcion, y que siempre fué creciendo, habia en fin llegado á este grado de excelencia, que debia servir de última preparacion á la Encarnacion del Verbo en sus entrañas. ¡Qué mo-

mento, señores! Los cielos se inclinan: las nubes llueven al Justo: el Señor desciende sobre su tabernáculo: conducido el Altísimo sobre las alas de los vientos, vuela del cielo á la tierra, y nace en tiempo el Eterno.

Considerad á María en el momento de la anunciacion del ángel, penetrada de los gemidos de la naturaleza humana. ¡Ah! ¿quién no ve á esta miserable esclava del pecado, dice un padre de la Iglesia, postrarse en este instante á los pies de María, manifestándola sus llagas, y esperando el consentimiento decisivo, de donde pendia nuestra redencion? Avivad aqui vuestra fe, añade este padre, para oír aquel grande *fiat* ó *hágase*, aún mas maravilloso que el de la creacion del cielo y de la tierra; pues por medio de él vino en aquel momento á ser la verdadera Madre de un Dios Hombre, Salvador del mundo. ¡Quién pudiera, señores, pene-

trar la santa obscuridad de esta nube misteriosa que envuelve la gloria del Altísimo! ¡quién pudiera descubrir las operaciones del Espíritu Santo en su Esposa María! ¡Quién pudiera ver á los cielos abrirse y destilar al Salvador en aquel seno virginal, como una preciosa gota de rocío que cae sobre una flor! ¡Quién pudiera ver el respeto y veneración con que recibió esta Señora aquel precioso depósito que el cielo la confiaba! ¡Con qué humildad tan profunda postraba su espíritu á presencia de este Dios anonadado! ¡Con qué santa impaciencia no suspiraba por el momento feliz de dar á luz al Sol de Justicia Cristo, cuya aurora la había el Señor constituido!

¡Ah! ¡luzes limitadas de nuestro entendimiento! ¡débiles expresiones del espíritu humano! ¡qué poco propias sois para sostener la dignidad, y penetrar la profundidad de estos adorables misterios! ¡Ó cuánto se-

ría de desear, que ocupando los ángeles el lugar de los hombres, tratasen de estos grandes asuntos de un modo digno de la expectación de los fieles! ¡Pero qué digo? haced, Señor, que cada uno de mis oyentes se hable á sí mismo. Juzgad, os ruego, de lo que pasa en el interior de María, llevando en sus entrañas el precio inestimable de nuestra redención, y esperando el momento deseado de manifestarlo al mundo; juzgad, digo, de su espíritu por aquel cántico admirable de la *Magnificat*, en que igualmente resplandece su humildad que su reconocimiento y gratitud á los beneficios del Señor. Ni perdais de vista la conversacion que tuvo en la montaña con santa Isabel su prima: conversacion divina, dice S. Ambrosio, en que dos madres, animadas del espíritu de sus hijos, pronunciaron tantos oráculos como palabras; y hé aqui lo que yo os propongo por materia digna de vues-

tra meditacion en este dia.

Asi en efecto debemos preparar las sendas del Señor, y disponernos á recibir la gracia de un nacimiento espiritual. ¡Mas ah! (permitidme, señores, me lamente) ¿dónde estan los cristianos que desempeñan con fidelidad estos deberes esenciales de la religion? ¿dónde los que debidamente manejan el importante, el único negocio de su salud eterna? ¿dónde los que aprovechan estos dias preciosos, en que la misericordia de Dios se derrama con mas profusion sobre los fieles?

¡Ah! no perdamos, hermanos míos, el tiempo de merecer, no abusemos de la paciencia y longanimidad del Señor que nos espera: no atesóremos la cólera de Dios para el dia de sus venganzas: no pasemos los de nuestra vida en una inutilidad criminal; ni nos contentemos con manifestar á los pies de los altares una piedad aparente y superficial en es-

tas sagradas solemnidades que renueva la Iglesia anualmente para nuestra edificacion. Entrad pues, os ruego, en el espíritu de la religion, y para dar gracias á Dios, que os ha elevado á la altísima dignidad de hijos suyos por el misterio de la Encarnacion, corresponded á tan incomparable beneficio por medio del amor y de la caridad.

¡Señor! dignaos dar en este momento eficacia á vuestra divina palabra. Ella empieza á formaros en las almas; por ella obrasteis nuestra creacion, y consumasteis la obra de nuestra redencion; ella encierra el germen de esta divina adopcion á que fuimos destinados por este adorable misterio. Haced pues que esta santa palabra prepare la tierra de nuestros corazones, á fin de que produzcan frutos de vida eterna. Vos, Señor, comenzasteis vuestra imagen al criarnos: Vos la reparasteis redimiéndonos del pecado; perfeccionad-

la santificándonos: acabad vuestra obra, y despues de habernos hecho racionales por la naturaleza, hijos adoptivos por misericordia, santos por vuestra gracia, dignaos hacernos participantes de vuestra gloria. Amen.
DIXE.



SERMON II.

Para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo.

Hoc erit vobis signum, inuenietes infantem pannis involutum, et positum in præsepio. Luc. c. II.

SEÑORES:

Solo la religion cristiana es capaz de elevar nuestro espíritu á la alteza de los misterios que la fe nos propone. Mas toda su santidad y excelencia son apenas suficientes para remover la aparente baxeza del objeto que nos presenta en este dia. Un Infante envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre, ¿son signos apropósito